

MIGRACIÓN INTERNA

Cambios en el decenio 1980-1990

*Rodolfo Corona Vázquez**



Desde 1930 y hasta la década de los setentas, las migraciones internas en México se identificaron básicamente con los desplazamientos permanentes del campo a las ciudades, en particular a las tres mayores áreas metropolitanas (Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey).¹ Estas migraciones pusieron de relieve las disparidades del desarrollo entre unas y otras regiones de la república. Su principal consecuencia fue la modificación del patrón de asentamientos humanos, que transformó al país de uno eminentemente rural a otro con características urbanas. Además, la redistribución espacial provocada por los movimientos del campo a las ciudades permitió la identificación de las principales rutas migratorias de esos años, las cuales se establecieron en términos de la entidades federativas involucradas. Es decir, al ocurrir los traslados de las áreas rurales, generalmente poco productivas y densamente pobladas, hacia las ciudades mayores, se ubicaron como áreas expulsoras a las entidades con tal perfil que se localizan en el centro y sur del país, y como lugares receptores a los estados más desarrollados y que contienen las mayores urbes, como el Distrito Federal, el Estado de México, Nuevo León y Baja California.

En la década 1980-1990 el comportamiento general del fenómeno migratorio —anteriormente y esbozado— tuvo di-

El Colegio de la Frontera Norte.

¹ Otras modalidades de las migraciones que llamaron la atención por su elevada magnitud fueron, por un lado, los movimientos tanto temporales como permanentes entre zonas rurales y, por otro, los traslados que implicaron cambios de residencia y que efectuaron desde áreas urbanas menores de mayor tamaño.

versos cambios, los cuales, junto con la participación en actividades económicas marginales de un mayor número de miembros del hogar, han sido formas alternativas y complementarias de supervivencia adoptadas por amplios sectores de la población ante el deterioro de su nivel de vida y el surgimiento de otros aspectos de naturaleza social y ambiental, entre los que destacan la ocurrencia de desastres naturales (como los sismos de 1985), el aumento de problemas ecológicos en las grandes áreas urbanas y el incremento de la violencia y la inseguridad pública en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México.

Ahora bien, los cambios observados durante los ochentas en el comportamiento de las migraciones han sido notables: el surgimiento y la intensificación de ciertas modalidades de flujos migratorios; la combinación de los desplazamientos permanentes con los temporales (y de las migraciones internas con las internacionales) en las mismas localidades, hogares y personas, que dificultan la distinción de cada uno de estos traslados; la mayor distancia abarcada por algunas rutas migratorias y la más intrincada y varia-

ble vinculación entre condiciones socioeconómicas y el fenómeno que nos ocupa. En síntesis, las migraciones de mexicanos actualmente resultan más complejas, dinámicas y generalizadas. Una de las alteraciones en los patrones de movilidad espacial durante los últimos años consiste en que las tradicionales migraciones permanentes de áreas rurales a urbanas se han transformado en un conjunto de desplazamientos de diferente temporalidad, destino y causas precipitantes, que se complementan para buscar la sobrevivencia de las unidades domésticas campesinas. Esto se ha apreciado claramente en las regiones que circundan las zonas metropolitanas de las ciudades de México y Guadalajara, de donde ahora principalmente surgen (inclusive entre miembros de la misma familia) migrantes temporales y con distintas direcciones: hacia las propias zonas metropolitanas, otras urbes de menor tamaño y los Estados Unidos de América.²

Otra variación del fenómeno se halla en la disminución de la inmigración permanente (o que involucra el cambio de residencia habitual) a las tres mayores zonas metropolitanas, en particular la correspondiente a la capital del país, que además de haber disminuido drásticamente sus índices de inmigración se transformó en un lugar de expulsión. Al mismo tiempo, un buen número de ciudades de tamaño intermedio como Orizaba, Matamoros, Juárez, Tampico, San Luis Potosí, Querétaro, Tijuana, Toluca,

² Sobre este particular pueden consultarse las dos ponencias referidas al estado de Jalisco presentadas en la IV Reunión Nacional sobre la Investigación Demográfica en México, celebrada en abril de 1990, y la tesis doctoral de Ivonne Szasz (El Colegio de México, 1990).

etc., se han convertido en lugares de alta atracción para personas procedentes de sus alrededores y de otras ciudades, especialmente del Distrito Federal y su zona conurbada.³

Finalmente, y sólo para ilustrar la ocurrencia combinada de diferentes clases de migraciones, se tiene el caso de Baja California. Esta entidad se caracterizó en décadas pasadas por elevados saldos migratorios positivos, al punto de que alrededor de los cincuenta su tasa anual de crecimiento social superó la cantidad de 5%. En el decenio 1980-1990 esta tasa disminuyó a valores cercanos al 1.8%; tal decremento, si bien indica una menor influencia de la migración en el aumento de los residentes del estado, no puede interpretarse necesariamente como una menor existencia del fenómeno migratorio en la entidad, pues el mismo se manifiesta ahora a través de modalidades de naturaleza temporal o definitiva, que además se contraponen en cuanto a dirección y abarcan lugares de origen y destino más diversos. Esto se aprecia con los datos de la Encuesta Demográfica de Baja California que, para 1986, establece cifras similares de inmigrantes y emigrantes temporales cercanas al 2.6% del total de habitantes del estado; mientras que para los desplazamientos definitivos, en ese mismo año, la encuesta identifica (con independencia de un 0.23% de los bajacalifornianos que cambiaron de municipio de residencia) una tasa de crecimiento social de 1.74%, como resultado de una tasa de inmigración definitiva de 2.62% (2.41% proveniente del resto del país y 0.21% del extranjero) menos una tasa de emigración permanente de 0.88%, cuyo valor supera a la tasa anual de mortalidad del estado (0.50%) y que se compone por los que se trasladaron a otras partes de la república (0.49%) y por los que se fueron a vivir a los Estados Unidos (0.39%). DemoS

³ Estas modificaciones fueron observadas en 1987 a través de una encuesta realizada en las 16 principales zonas urbanas del país (Encuesta Nacional de Migración en Areas Urbanas, Consejo Nacional de Población). Asimismo, uno de sus resultados, su impacto en el incremento de habitantes de cada ciudad, se aprecia mediante las cifras preliminares del Censo de Población de 1990. También, y a manera de ejemplo, los datos definitivos de este Censo para Aguascalientes señalan que en el quinquenio 1985-1990 el municipio donde se encuentra la capital de esta entidad recibió el 45.1% de sus inmigrantes del Distrito Federal (36.1%) y del Estado de México (9%).